

Lao She

EL CAMELLO XIANGZI

(Luotuo Xiangzi, 1936-1937)

Traducción directa del chino

Edición de Blas Piñero Martínez



EDICIONES DEL VIENTO

Título original: *Luotuo Xiangzi (1936-1937)*

© Lao She, 1936-1937

© de la traducción Blas Piñero Martínez, 2011

© Ediciones del Viento, 2011

Revisión del texto Nicolás Giménez

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual



EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña

Tel: 981 244 468 / e-mail: info@edicionesdelviento.es

www.edicionesdelviento.es

Diseño gráfico: David Carballal

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-96964-88-4

Depósito legal: C-2672-2011

Impresión: Graficas Lasa

Impreso en España / Printed in Spain

Índice

Nota sobre la traducción	9
Capítulo I	11
Capítulo II	27
Capítulo III	39
Capítulo IV	53
Capítulo V	65
Capítulo VI	77
Capítulo VII	89
Capítulo VIII	103
Capítulo IX	115
Capítulo X ⁷⁷	125
Capítulo XI	137
Capítulo XII	149
Capítulo XIII	161
Capítulo XIV	173
Capítulo XV	185
Capítulo XVI	199
Capítulo XVII	213
Capítulo XVIII	227
Capítulo XIX	239

Capítulo XX	251
Capítulo XXI	263
Capítulo XXII	275
Capítulo XXIII	287
Capítulo XXIV ¹⁷⁷	299
Anexo 1. Así escribí El camello Xiangzi ¹⁹⁷	313
Anexo 2. La descripción del personaje ²²⁷	321
Anexo 3. La descripción del paisaje ²⁴¹	333
Epílogo del traductor	349
Algunas obras y artículos de interés sobre Pekín, El camello Xiangzi y Lao She	365
Notas del Traductor	369

Nota sobre la traducción

El estilo de Lao She es vivo, redundante y poco refinado, como la lengua que todavía hoy se puede oír hablar en Pekín. Muchas de las expresiones y palabras que utilizó Lao She en *El camello Xiangzi* resultaban incomprensibles incluso para los hablantes de mandarín que no vivían en Pekín. Por todo ello, las dificultades que presenta la traducción de *El camello Xiangzi* son múltiples. La utilización constante del significado connotativo de la lengua vernácula (*baihua*), los registros del chino coloquial (*fangyan*) del Pekín de los años treinta y el estilo hablado (*yuyan fengge*) de Lao She son, quizá, los escollos más importantes a los que debe hacer frente el traductor de *El camello Xiangzi*. Las expresiones idiomáticas y de la lengua vernácula son muy usuales en la escritura de Lao She, el cual suele hacer un uso abundante e irónico de este tipo de recursos lingüísticos. En la medida de lo posible se ha respetado la traducción literal de muchas de ellas, siempre y cuando no supongan un problema de comprensión para el lector de lengua española. A los problemas léxicos e idiomáticos se puede añadir la complejidad del contexto histórico, social y cultural del período republicano en China durante los años treinta. Por todo ello, el aparato crítico al final de la obra le servirá al lector para esclarecer muchas de las dificultades que estos puntos pueden representar para una lectura óptima de la novela. La presente traducción tiene como objetivo expresar en español moderno las ideas y la expresividad del

Lao She

lenguaje empleado por el escritor manchú. El sistema de romanización del chino que utilizamos para las notas es el *hanyu pinyin*. Fue creado en la República Popular China y es actualmente el sistema oficial de transcripción fonética del chino.

SOBRE LA FUENTE ORIGINAL DE ESTA TRADUCCIÓN

Existen numerosas ediciones de la novela de Lao She y ninguna puede considerarse la edición crítica o definitiva. A partir de los años noventa, todas las ediciones chinas contienen la versión íntegra (24 capítulos) y sin censuras de *El camello Xiangzi* (Shanghái, 1939). Para la traducción hemos empleado la edición original (*chu banben*) de 1939 (*Renjian chubanshe, Shanghái*), ligeramente corregida en la edición de 1941 (*Wenhua shenghuo chubanshe, Chongqing*) y reimpresa (*chongying ben*) en 1999: Lao She, *Luotuo Xiangzi* [El camello Xiangzi], Beijing, Renmin wenxue chubanshe, 1999, 261 páginas. Para los textos *Así escribí El camello Xiangzi* (Shanghái, 1945), *La descripción del personaje* (Shanghái, noviembre de 1936) y *La descripción del paisaje* (Shanghái, agosto de 1936), la edición que ha servido de base a esta traducción es la antología de textos sobre sus novelas: Lao She, *Wo zen-yang xie xiaoshuo* [Así escribí mis novelas], Wenhui chubanshe, 2009.

Capítulo I

Quisiera hablarles¹ del camello Xiangzi. Xiangzi no era un camello de los que tienen cuatro patas y dos jorobas, pero ese era el nombre con el que se le conocía en las calles de su ciudad. Por lo tanto así le llamaremos, el camello Xiangzi, el camello suertudo². Nuestra historia mostrará que su vida tuvo mucho que ver con la de esas bestias.

En Beiping³ hay un tipo de hombres que se gana la vida tirando del rickshaw. El tirador suele ser joven y lleno de vigor, gallardo y de piernas ágiles y siempre junto a un carrito elegante. Este tirador se pasa el día dando vueltas y si le viene en gana pone la calesita en servicio. Si no, se para en cualquier sitio para que nadie le azuce con monsergas. En la ciudad hay cocheras reservadas para el aparcamiento de rickshaws⁴ y calesas de caballos. El tirador aprovecha las cocheras para dejar los bártulos y frecuenta las casas de las familias acomodadas. Ahí encuentra clientes impacientes y acaudalados que necesitan corredores raudos y serviciales. Si la suerte le sonrío, el tirador puede ganar uno o dos *yuanes* al día y luego ya no hace nada más. Acaba la jornada tan pelado como la empieza, lo que parece no importarle demasiado. El tirador sueña con trabajar para familias acaudaladas o poseer su propio vehículo. Con carrito propio, echar una carrera más o menos al día, no tiene la menor importancia para el tirador. Sabe que el dinero no irá a manos ajenas porque el carrito es suyo y no debe pagar ningún alquiler⁵ a nadie.

En la antigua capital hay tiradores a quienes las cosas les iban de mal en peor. Se han hecho viejos y las piernas ya no les funcionan como antes. Ya no pueden vivir tan tranquilos, rascándose la barriga, ni dejar pasar una carrera porque tienen que mantener a la familia que los espera con el pico abierto. Esta categoría de tirador suele tirar de un carrito nuevo y de aspecto reluciente. El aspecto del carrito refleja la dignidad de quien tira de él y el tirador se aprovecha de ello cuando tiene que negociar el precio de la carrera con un cliente. Suele trabajar a tiempo completo, y si le queda todavía algo de arrojo para trabajar por la noche, el tirador la pasa en blanco y tira del rickshaw. El tirador gana más dinero de esta manera y compensa con creces el gasto producido por ser útil.

A los tiradores que tienen más de cuarenta años y menos de veinte les da miedo cuando oscurece y no se meten en esos líos de carreras nocturnas. Estos forman un grupo aparte y no se meten por nada del mundo en camisas de once varas. Al carrito lo sacan con las primeras luces del día y trabajan a destajo hasta las tres o cuatro de la tarde. Esos son los gajes del oficio. Así pueden pagar el alquiler del vehículo y ganarse su bol de arroz. El tirador está para el arrastre y es lento, por eso estos tiradores deben recorrer muchas calles al día para ganar una miseria. A estos tiradores se los emplea para abastecer de fruta a los mercados de la ciudad, sobre todo fruta de gran volumen, como la sandía, el melón, el pepino o la calabaza, a las que juntan verduras para ser vendidas a viva voz. El dinero que se consigue es poco, pero es un trabajo para el que no se necesita ser rápido como una centella⁶ y uno puede ir a su aire sin que le agobien.

A los tiradores de menos de veinte años, el trabajo en la calle les ha malogrado el cuerpo antes de tiempo por tenerlo continuamente extenuado de aquí para allá. Han comenzado a trabajar en su tierna infancia, desde los once o doce años como mucho, y son pocos los que llegan a convertirse en tiradores sanos y de bella presencia una vez superados los veinte años de edad. Este tirador se pasa lo que le queda de vida tirando del carrito e incluso lo hace discretamente para que nadie se dé cuenta de sus miserias. Entre los tiradores de más de

cuarenta años los hay que tienen los músculos tan gastados tras ocho o diez años arrastrando el carrito que no pueden seguir el ritmo de los otros y se resignan a verlas venir desde el pelotón. El tirador sabe que cuando menos se lo espere se derrumbará en la calle y no le levantará de su maltrecho estado ni la compasión de los otros. Su antiguo esplendor se refleja en su manera de correr y en su conocimiento de las calles. El tirador suele regatear el precio con el cliente y sus maneras todavía muestran su antigua solvencia, lo que le permite resucitar cierto orgullo apagado con el paso del tiempo con los tiradores de menor edad. Pero este esplendor pasado no puede ocultar los negros nubarrones que se vislumbran en el horizonte. Cuando el tirador se detiene para secarse el sudor que le cae a chorros por la frente, lanza suspiros que denotan desesperanza. Sin embargo, entre los tiradores de cuarenta años, los hay que parecen no haber sufrido en el pasado ninguna dificultad, pero a los que la vida les ha llevado a tener que tomar el cochecito e improvisarse como taxi para sobrevivir. Agentes de policía, profesores que han perdido su trabajo, vendedores ambulantes en quiebra, artesanos en paro, gentes que no tienen nada para vender y que entran en esta vida sin esperanza a regañadientes y con los ojos rotos de tanto llorar, que han dilapidado lo mejor de su vida. Ahora solo les toca sudar sangre con el pan de maíz bajo el brazo como único sustento para sus días a la deriva⁷.

Sin fuerzas, sin experiencia y sin haber entablado amistad con nadie, el tirador de rickshaw no se gana la confianza de nadie en la calle. El hombre del rickshaw arrastra su cochecillo al que se le desinflan las ruedas varias veces al día, pero continúa haciendo su carrera por la que ha sido pagado pidiendo excusas al cliente de turno y haciendo aspavientos con unos aires de autosuficiencia desproporcionados, la última artimaña del perro vencido por la vida, una de las malicias de la picaresca, que ya no consigue convencer a nadie. Se puede dar por satisfecho si obtiene quince céntimos por este tipo de carreras.

Otro tipo de tiradores de rickshaw abunda por estos lares y se distinguen de los otros tiradores por sus conocimientos en el difícil arte de la zancada y por los distritos por donde se mueven. Sabe a qué ascuas

debe arrimarse para ganarse la vida y por ello vive en el suburbio oeste de la ciudad, cerca de Xiyuan y Haidian. El tirador prefiere echar sus carreras hasta las Colinas del Oeste o hasta las Universidades de Yanjing y Qinghua⁸, como no podía ser de otra manera. El tirador que vive en el norte de la ciudad de Beiping o más allá de la Puerta de Anding prefiere echar sus galopadas hasta Qinghe y Beiyuan; y el que vive en el sur, ya en las afueras de la ciudad y detrás de la Puerta de Yongding, echa sus carreras hasta Nanyuan. El tirador se ha especializado en carreras largas ya que las carreras de corta distancia eran arroz para hoy y hambre para mañana. A lo mucho le harían ganar unos cuatro o siete céntimos. Sin embargo, el tirador de esta especie no tiene el vigor del tirador del distrito de Dongjiaominxiang, en el sector de las delegaciones extranjeras⁹. Ahí el tirador es un corredor de fondo que solo se ocupa de clientes extranjeros. El tirador se jacta de poder llevarlos del distrito que alberga al personal diplomático hasta la Fuente de Jade, al Palacio de Verano o incluso a las Colinas del Oeste sin bajar los brazos. El tirador tiene una habilidad que le diferencia de otros tiradores de fortuna que podrían despojarle de su clientela habitual. Además de su garra, el tirador de Dongjiaominxiang chapurrea varias lenguas extranjeras y pica muy alto. Cuando un soldado francés o inglés le pide al tirador ir al Palacio de Verano, a las mansiones de Yongding o a uno de los ocho grandes *hutongs*¹⁰ al sur de Beiping, el tirador se hace entender sin hablarles en su lengua y el cliente acaba yendo a su lugar de destino. El tirador se distingue ahora por su manera de correr. La galopada de un toro dispuesto a llevarse por delante todo lo que le venga encima: la cabeza baja, la mirada desafiante y clavada en el camino, el ritmo del trote sostenido y determinado. El tirador de esta especie arrima el carrito al borde de la acera y deja el menor espacio entre ellos, y después se muestra confiado en exceso y petulante con el mundo que le rodea. Suele llevar un chaleco con un número distintivo, pero al tirador de Dongjiaominxiang le traen sin cuidado esos aires de formalidad republicana del gobierno local; lleva una camisa blanca de manga larga y ancha, pantalones de bombacho blancos o negros que descenden hasta los tobillos donde quedan anudados, y zapatillas de

tela negras como el tizón, con suelas de madera. A las zapatillas las atraviesa una nervadura pronunciada en medio del empeine que les da un aire de distinción, incluso de agilidad. Al tirador no le sale quien le sople detrás de la oreja. Los otros tiradores ni se atreven a aventurarse en disputas por clientes o a rivalizar en velocidad y presteza con el tirador de Dongjiaominxiang. En realidad, a nuestro tirador se le consideraba de un medio ajeno al suyo¹¹.

Retomemos ahora el hilo de la vida de Xiangzi para saber el lugar que ocupaba en ese mundo, y lo haremos con precisión, la misma que posee una tuerca que se enrosca en un tornillo. A Xiangzi no le han llamado siempre «camello». Antes de que así sucediese, Xiangzi gozaba de cierta independencia y era un tirador que poseía un rickshaw propio, además de juventud y vigor, lo que le garantizaba, al menos, su sustento diario. A Xiangzi se le consideraba un tirador de rickshaw de tiros largos y alto copete, pero llegar hasta ahí no le había sido fácil. Un año, dos, tres, incluso cuatro años son a menudo necesarios. Una gota de sudor, dos gotas, nadie puede decir exactamente cuántas sudaría el bueno de Xiangzi antes de hacerse con su cochecito. Con los dientes apretados bajo el aguacero y contra el viento, reducía su porción de comida y de té para poder ahorrar lo suficiente y hacerse con una pequeña calesa de dos plazas. El carrito de dos ruedas representaba a sus ojos la recompensa máxima a sus luchas, la medalla que decora al soldado tras cien batallas victoriosas. El camello Xiangzi sabía lo que era llevar un rickshaw de alquiler de sol a sol y de una punta a otra de la geografía urbana como una peonza alocada. Sabía lo que era perder el control sobre su propio destino y en medio de esta locura, sabía guardar una mirada lúcida sobre su entorno y dejar los nervios en el bolsillo; la idea de poseer una pequeña calesa no le abandonaba nunca¹². El carrito formaría parte de su vida con el mismo derecho que sus manos y sus pies. La compra del carrito le haría independiente, y no se vería amarrado a la voluntad de otras gentes ni tendría que soportar los aspavientos de los usureros. Dueño de sus fuerzas, con vehículo propio y los ojos bien abiertos, el tirador llenaba la barriga aunque le cayesen piedras del cielo.

Xiangzi no temía pasarlas mal y tampoco le había dado por las debilidades inconfesables, pero dignas de todo perdón, que caracterizaban a otros tiradores de su casta. Su inteligencia acababa dando alas a sus ambiciones personales. Con un entorno favorable u otra educación, el suertudo nunca hubiera frecuentado a esas gentes de mala vida a las que la piel se les había vuelto como el caucho de las ruedas de los cochecitos. Otro gallo le hubiera cantado sin duda alguna. Xiangzi hubiera sacado el mejor partido a cualquier circunstancia, sin importarle la profesión que le hubiera tocado en suerte, pero nunca se le abrió otra puerta. El destino le había llevado por el camino de los tiradores de fortuna que llenaban Beiping y así lo asumió. Una vida así no le impediría mostrar al mundo lo que era capaz de hacer. Incluso en el mismísimo infierno. Hubiera luchado con uñas y dientes por meterse en el círculo de los mejores diablos.

El campo le vio nacer y crecer, después perdió a sus padres y las pocas hectáreas que le habían quedado de tierra se esfumaron. La ciudad le vio venir a los dieciocho años con la inocencia de un jovencuelo y la robustez de quien se las había visto a diario con el trabajo de la tierra. Había desempeñado trabajos de toda ralea, trabajos en los que podía vender su fuerza física por dos reales para llevarse algo de comer al estómago. El oficio de tirador se le reveló pronto como la solución más fácil y rentable. Someterse a ganancias variables y ganar más dinero le hacía rechazar al tirador lleno de confianza oficios manuales a sueldo fijo. Xiangzi estaba convencido de que tarde o temprano sus esfuerzos se verían recompensados con dinero, aunque sabía que lo de vender sus servicios como tirador no era pan comido. El tirador y el carrito debían tener un aspecto impecable, la calidad debía mostrarse con el producto para atraer al comprador, fino conocedor de la materia que se le estaba proponiendo. Xiangzi le había dado vueltas al asunto y, en efecto, creía poseer esa estopa que te da la juventud para triunfar en su nueva labor, pero carecía de experiencia, nunca se había puesto a correr delante de un carrito ni había osado poner las manos sobre un carrito reluciente. Esas dificultades se podían superar. Se sentía sano y fuerte como un roble para llevar a buen puerto su ambición. Diez

o quince días le bastarían para aprender los rudimentos y el estilo del buen tirador. Luego alquilaría un rickshaw recién salido del taller de fabricación, encontraría un trabajo que no se demoraría demasiado en llegar y en uno, dos, tres o incluso cuatro años a las duras y con lo justo para llenar el hueco del estómago, pondría sus manos en el tan ansiado carrito de dos ruedas que dejaría boquiabierto a medio mundo. Sus músculos jóvenes le convencían de que ese momento no tardaría en llegar. No, no era un sueño y sus ambiciones podían realizarse.

Xiangzi mostraba una altura y un vigor en sus músculos excepcionales para un joven de su edad. No llegaba a los veinte años, pero su fuerza y altura excedían de mucho a las de los jóvenes de su edad. El tiempo le había reservado un físico a medio hacer, todavía por encontrar su forma definitiva en la edad adulta, y sin embargo, nadie dudaba al verlo de que se trataba de un hombre cuyos rasgos y gestos recordaban tenuemente al saltaparedes que había sido en su infancia. Sabía que su éxito se debía a su técnica en el uso de la zancada. Así pues, Xiangzi se puso a estudiar el quehacer de los tiradores de primera clase. Debía saber cuál era la mejor manera de estirarse con los músculos del talle en tensión para que el pecho ejerciera su potencia máxima y el busto se convirtiera en el bastidor y en el verdadero motor de tracción del carrito. Un vistazo de izquierda a derecha le bastaba para saber que tenía unas espaldas lo suficientemente poderosas para aguantar el empujón. El talle tenía que estar tenso y bien ceñido con el lazo que le servía de cinturón. El tirador llevaría sus grandes pantalones blancos ajustados en los tobillos y así mostraría sin pudor la talla descomunal de sus pies. Xiangzi no dudaba de su estrategia, el suertudo se iba a convertir en el mejor de los tiradores. Pensar en ello le hacía reír descaradamente, sus dientes blancos revelaban a los cuatro vientos el buen campesino que se escondía en ese cuerpo macizo. Sus rasgos eran vulgares, mas una ligera vivacidad se le escapaba en sus expresiones faciales y le daba cierto encanto. Su cabeza era pequeña, sus ojos redondos y le asomaba una nariz abultada. Sus cejas se dibujaban cortas y mal definidas bajo una frente y un cráneo al que Xiangzi no dejaba asomar ningún rastro de cabello. A sus mejillas no les sobraba un ápice de

grasa y era difícil distinguir el bloque uniforme que formaba su cuello con la cabeza. A su cara le subían los colores continuamente y le daban un tono de rojo bermellón. Una cicatriz le salía de su oreja derecha para llegarle al pómulos. Una mula le había mordido la cara cuando era un niño y dormía plácidamente en el regazo de un árbol. Su apariencia le importaba poco, era la fuerza bruta y sorda que el bueno de Xiangzi apreciaba en su cara y en su cuerpo. Su estampa era como sus brazos y pies. Cuando sentía la fuerza subir a su cuerpo, el mundo le era un lugar seguro y placentero. Cuando puso sus pies por primera vez en la ciudad, Xiangzi podía permanecer horas erguido como un árbol. Sin tener ningún lugar en el que dejarse caer, su ser sentía así el equilibrio perfecto con su entorno.

Su robustez natural, carácter taciturno y vitalidad, tenían algo de la estampa majestuosa de un árbol. Su prudencia le hacía discreto y nunca revelaba sus planes a nadie. El tirador se ve acompañado de otros tiradores que quieren pegar la hebra con alguien y hablar de sus males. El tirador confía sus problemas a los demás en las plazas de estacionamiento y en los salones de té, lo hace en salas de espera públicas, lugares en donde se oyen chismes, quejas y otros cuentos de carácter privado que pasan a ser de dominio público a la velocidad de la luz. Xiangzi era un campesino y no tenía ni la lengua larga ni la palabra fácil como los tiradores de la ciudad, que hacían gala de lo contrario. Uno tenía que haber nacido ya con la lengua suelta y este no era su caso. Xiangzi prefería tener la lengua protegida de la lluvia y repetir siempre lo que los otros decían. Incluso le repugnaba dárselas de lo que no era e imitar la mala lengua de los tiradores de Beiping. Sus asuntos eran su única preocupación y se los guardaba para dentro. Tenía el tiempo de su lado y se había vuelto algo más introvertido con el paso de los años. Xiangzi había tomado su decisión y eso le bastaba. Seguiría en sus trece y no abandonaría el camino que se había trazado. Si no le llevaba a ninguna parte, se callaría como la losa de una tumba durante dos o tres días. El cochecito de dos ruedas era su objetivo y se puso manos a la obra. Alquiló una calesita vieja y destartada para ejercitar sus piernas. El primer día, su trabajo no le dio ni para pepitas de cala-

baza, pero el segundo le trajo dinero. El tercer y cuarto día, Xiangzi veía cómo sus tobillos se le hinchaban como calabazas. Le hacían tanto mal que no podía levantar los pies del suelo. El tormento que le producía la hinchazón lo soportaba con resignada paciencia y sin quejarse. Si el dolor le acuciaba, ello no era una razón para quejarse. El sufrirlo le era inevitable. Xiangzi sabía que todo tirador que se precie debía pasar por ahí. El tirador debía pasar por esa experiencia antes de poder lanzarse a dar zancadas de un lado a otro.

Con los tobillos de nuevo en excelente forma, a Xiangzi le desaparecía el miedo y recuperaba la felicidad que había perdido. El suertudo ya conocía como la palma de su mano calles y plazas, y si por casualidad tenía que salir de estampida, el camino que tenía que rehacer no le suponía un gran esfuerzo y tampoco debía recorrer una larga distancia para ponerse a salvo. Al suertudo le sobraba brío y eso era lo único que le preocupaba. El aprendizaje del manejo del cochecito no le supuso ningún problema. Tenía experiencia como portador de mercancías y había realizado trabajos manuales. Más atención en lo que se hacía y menos darle a la lengua para no cometer errores indeseables era la filosofía del bueno de Xiangzi. Por lo demás, le llevó poco tiempo el darse cuenta de que no poseía el don de la palabra cuando se metía a negociar el precio con los clientes para sangrarlos. Los tiradores de pura cepa le superaban en esas artes. Entonces, no le cabía otra opción que evitar los lugares de estacionamiento para rickshaws y ponerse a merodear por sitios aislados y sin moros en la costa. Lo de negociar precios a su gusto se le solucionó rápido y dejaba que el cliente, sin más, subiera al carrito y le pagara lo que le viniera en gana. Su fisonomía era la honradez encarnada y las expresiones de su rostro reflejaban simplicidad e inocencia. El tirador se hacía querer con facilidad y el cliente confiaba en él. «Este necio no ha roto un plato en su vida y ahora quiere dárse las de listo conmigo...», solía pensar el cliente que pedía los servicios de Xiangzi. Al tirador se le veía recién llegado a la ciudad, ignorante de las calles e incapaz de dar un precio. Le venía una risita beata cuando se le pedía por una dirección, y el cliente no sabía si se las estaba viendo con un tonto de nacimiento o con un tímido al que la falta de palabras le dejaba sin decir ni pío.

Dos o tres semanas le fueron suficientes al suertudo para preparar sus piernas y no tardó en darse cuenta del bello estilo que había adquirido.

La manera de correr del tirador de rickshaw revela su competencia y categoría. El recién llegado a la antigua capital no puede esconder al cliente que es un neófito en el asunto. Sus piernas se disparan como las aspas enloquecidas de un molino de viento. El tirador baja entonces la cabeza como un toro enrabiado, pero sin avanzar mucho, y quiere dar una imagen de potencia y velocidad, pero su galopada no es muy eficaz. A ese tirador se le considera viejo y suele tener más de cincuenta años. Hay otro tipo de tirador que ha adquirido una técnica perfecta, pero la fuerza le ha abandonado. Su estilo es diferente. Con la cabeza baja, el tirador se vuelca hacia adelante y en su impulso anticipa su pecho al resto del cuerpo, luego levanta las piernas hacia el cielo como si las losas del pavimento le quemasen la planta de los pies. Ese tirador quiere dárseles de raudo, pero en realidad no supera a los otros corredores en velocidad. Al menos, salva su honor en el mundo de las apariencias.

Xiangzi evitaba a todas luces esas maneras vulgares. Sus largas piernas le garantizaban la carrera rápida en largas distancias y sus muslos, sólidos pero flexibles como el arco de una ballesta, le permitían correr sin hacer el menor ruido. El suertudo sujetaba los varales con firmeza y ello daba seguridad y confort al cliente. Cuando el cliente le pedía pararse, Xiangzi se detenía como una estatua y dos o tres pasos le eran suficientes para hacerlo sin importarle la inercia que había acumulado en su trayecto. Su cuerpo parecía transmitir brío al carrito; la espalda en tensión, los hombros echados para adelante y los varales bien agarrados daban al tirador seguridad en sí mismo. Xiangzi se sentía rápido y hábil en su manejo del carrito. Nunca quería precipitarse, era un tirador de rickshaw excelente que transmitía tranquilidad a sus clientes. Poseía esa virtud rara en los tiradores, incluso entre los que se dejaban alquilar a tiempo completo por clientes que pertenecían a las barriadas residenciales.

Xiangzi no tardó en trocar su carrito por otro nuevo, y fue entonces cuando se dio cuenta de que ese rickshaw, con su guardabarros

flexible de cobre reluciente, la capota y las banderolas para protegerse de la lluvia, los dos farolillos y la bocina en metal de cobre, debía de valer más de cien *yuanes*. La pintura y el aspecto de los cobres estaban lejos de haber alcanzado su mejor estado, así que el carrito podía comprarse fácilmente por cien *yuanes*¹³. El camello Xiangzi pensaba que ahorrando unos diez céntimos cada día, en poco más de mil días de intenso trajín reuniría el montante suficiente para hacerse con el carrito nuevo. Nadie le pararía los pies. De hecho, no tenía la menor idea de lo que eran mil días de trabajo, pero no estaba dispuesto a cambiar de opinión. En mil o diez mil días, si fuera necesario, el tirador obtendría su ansiado carrito. Xiangzi ya estaba muy avezado en estas lides: el secreto para ganar dinero consistía en ofrecer sus servicios a una sola casa privada. Un patrono con muchos amigos estaba obligado a salir asiduamente de casa para cenar en restaurantes y el tirador podría hacerse con diez *yuanes* al final del mes. Le caerían dos o tres *yuanes* más en propinas. Asimismo podría contar con ochenta o cien céntimos o incluso los tres o cuatro *yuanes* que podría ahorrar cada mes de su sueldo, y al cabo de un año ya habría reunido la suma de cincuenta o sesenta *yuanes*. Su sueño parecía algo más cerca y su esfuerzo diario le traería la recompensa tan deseada.

A Xiangzi solo le quedaba como pasatiempo machacarse la cintura y sudar a mares. No le había caído la losa de tener que mantener a una familia, ni el vicio del tabaco y el aguardiente, y tampoco le había dado por jugarse la paga en juegos de salón. Así que nada podía resistirse a la ambición de Xiangzi. El suertudo se juró a sí mismo no tirar la toalla y hacerse con el carrito nuevo en un año y medio a lo sumo.

Fue así como Xiangzi se hizo tirador de rickshaw para un cliente exclusivo que le pagaba cada mes un sueldo fijo, pero la realidad no siguió el rumbo trazado por sus esperanzas. Al cabo de un año y medio, a pesar de haber machacado la cintura y sudado de lo lindo, lo que se había prometido seguía sin cumplirse. Había hecho todo lo que tenía en sus manos para conservar su puesto. Había trabajado a conciencia; cada gesto había sido realizado con una especial atención, pero no le había evitado el despido cuando al dueño de sus servicios le

había venido en gana. Xiangzi podía prestar sus servicios durante dos o tres meses, o durante ocho o diez días, ello no impedía que le pusieran con los pies en la calle y sus ingresos desaparecían como por arte de magia. Se las veía de nuevo a la búsqueda de un cliente a tiempo completo para ganarse el bol de arroz, pero lo hacía sin dejar de proponer sus carreras a otros clientes, lo que sin duda alguna producía un efecto extenuante: Xiangzi se movía como un jinete que monta un caballo y piensa en otro, y el asunto se le puso feo. El tirador daba más vueltas de lo debido y su cuerpo no daba para tanto. Además, se privaba de comida ya que ahorrraba para su carrito nuevo. Cuando llevaba a un cliente, el suertudo perdía la concentración. Su cabeza se llenaba de preocupaciones, el asunto del carrito le amargaba y dudaba de sus posibilidades. El rickshaw nuevo parecía todavía demasiado lejos de sus posibilidades. ¿Cómo había llegado a esa situación? Transcurrido tiempo y muchas fatigas, ¿cómo no había podido reunir el dinero suficiente para hacerse con el rickshaw de una vez por todas? Su cabeza se nublaba y Xiangzi trabajaba a rienda suelta. Uno de sus neumáticos rozaba con el cobre del guardabarros del carrito o se topaba con algún trozo de cubertería roto en medio de la calle, y estallaba como fuego de artificio al cabo de cuatro roces. La visita al garaje se hacía obligatoria, lo que no suponía nada grave para su bolsillo. A veces atropellaba a peatones que circulaban por la calle. Un día se dio de morros con otro rickshaw cuando se disponía a atravesar un cruce y el armazón del asiento del carrito pasó a mejor vida. Tales vicisitudes no le pasaban cuando trabajaba para un solo cliente, pero cuando era despedido se sentía tan fuera de sí que perdía la cabeza, y entonces le llegaban toda suerte de desgracias. Xiangzi tenía que pagar las reparaciones del carrito alquilado y eso le sacaba de sus casillas. Era como echar gasolina al fuego. Las desgracias nunca venían solas, así que a menudo ni salía de la cama para ponerse a trabajar. Un sentimiento de culpabilidad le invadía sus sentidos más tarde por haber perdido el día sin haberlo rentabilizado. Xiangzi se veía acompañado de una gran amargura que le hacía trabajar menos durante esos días y le impedía echarse algo al colete. Se las daba de duro, pero podía caer enfermo como cualquier

otra persona, y el suertudo ni siquiera compraba medicamentos cuando enfermaba. No comprendía que si no se curaba, lo más lógico era que le cayesen más días de miseria. Xiangzi le daba vueltas a todos esos nubarrones que revoloteaban por su cabeza, y cuanto más le daba vueltas al asunto que le preocupaba, más se empecinaba en hacer bien su trabajo para comprar un carrito nuevo. Las hileras de dientes de la parte superior e inferior se le pegaban como si alguien les hubiera puesto pasta de engrudo. A Xiangzi se le juntaban así de pura rabia que le entraba, mas el dinero no le aumentaba por ponerse en ese estado de tensión. El tirador solo pudo reunir unos cien *yuanes* al cabo de tres años.

Al suertudo, el destino le sonrió cuando menos se lo esperaba y ya no podía exigir más de esa vida perruna que llevaba. Quería comprarse un rickshaw nuevo, atractivo y moderno, el mejor carrito nuevo que hubiera pasado delante sus ojos, pero sin que le superase el importe de los cien *yuanes*. Entonces supo de un comprador de rickshaw al que le había quedado corto el dinero cuando el vendedor ya le había enviado la mercancía. De hecho, el vehículo que había puesto a la venta no difería mucho del que ansiaba, aunque superaba con creces los cien *yuanes* que el tirador de Beiping estaba dispuesto a pagar. El comerciante ya se había embolsado una parte del precio total del vehículo y estaba dispuesto a rebajar el precio si la oportunidad se le presentaba. Xiangzi se precipitó a la tienda con las manos empapadas de sudor y los colores de la cara bien subidos de tono. Había reunido noventa y seis *yuanes* en su bolsillo.

—¡Yo quiero este rickshaw! —dijo el tirador.

El comerciante esperaba redondear el precio al alza y hablaba sin parar. El vendedor quería llevárselo al huerto y para ello no escatimaba en medios: mecía el rickshaw a un ritmo endiablado, desplegaba la capota una y otra vez, le daba a la pera de la bocina incesantemente y acompañaba sus gestos con los mejores epítetos hallados a lo largo de su ya larga vida profesional. El vendedor acabó su arenga dándole un par de patadas a los radios de las ruedas, y para sacarse el mochuelo de encima, le respondió:

—Escuche lo que le voy a decir, esto le va a sonar inesperado, como el tañido de una campana en medio del silencio. Llévase el carrito, llé-

veselo hasta que no le quede ninguna pieza y si alguno de estos radios se rompe, venga a verme y me grita encima, pero yo quiero cien *yuanes*, ¡ni uno más ni uno menos!

El suertudo contó de nuevo el dinero que llevaba encima.

—¡Yo quiero este rickshaw por noventa y seis *yuanes*!

El vendedor reconsideró la propuesta de Xiangzi y como se suele decir en estas ocasiones, mandó pelillos a la mar. Volvió a mirar al suertudo, luego al dinero, y lanzó algo que parecía ser un suspiro de satisfacción.

—Bueno, le hago un precio a la baja, simbólico, una ganga, como si fuera un amigo... Se puede ir con el rickshaw; es suyo, agárrelo y no lo suelte... Le doy seis meses de garantía y si no me lo trae hecho una chatarra, se lo arreglo gratis; ahí tiene la garantía.

A Xiangzi le tremolaban las manos y sujetó el papel de la garantía con fuerza mientras arrastraba la calesita consigo. El tirador retuvo el llanto y eso que tenía unas ganas bárbaras de llorar. El suertudo se retiró a un lugar apartado para examinar el carrito que había comprado. Xiangzi se deleitaba con cada detalle que el vehículo le ofrecía. La cara del suertudo se veía reflejada en la pintura del vehículo, como si se tratara de un espejo. Su amor por el carrito crecía a medida que lo contemplaba. Incluso algunos detalles que no le habían gustado al principio no le parecían ahora de verdadero fuste. Xiangzi se cansó de tanto contemplar el rickshaw y tuvo que sentarse sobre el tapiz immaculado del peldaño donde suelen reposar los pies del pasajero; luego le echó el ojo a uno de los varales del carrito, justo ahí donde colgaba la bocina de cobre¹⁴.

El suertudo pensó que ya tenía veintidós años. Sus padres habían muerto hacía mucho tiempo, por eso ni se acordaba de la fecha de su nacimiento. Desde que llegó a Beiping no había celebrado nunca su cumpleaños. Decidió pues celebrarlo: su cumpleaños sería ese día, el día que se hizo con el rickshaw nuevo. Esa fecha no la olvidaría. Ese carrito formaba parte de su persona. Se lo había ganado con el sudor de su frente.

Pero, ¿cómo celebrar ese doble aniversario? Xiangzi lo había planificado todo. Para su primera carrera, tomaría un cliente elegante, pero no una mujer. Xiangzi no quería verlas ni en pintura. Lo mejor era ir hasta

El camello Xiangzi

la Puerta de Qian o al mercado de Dong'an¹⁵. Buscaría un vendedor ambulante y le compraría una comida de pastelitos de sésamo rellenos de carne de cordero o algo parecido. Luego, si podía, haría dos o tres carreras más; y si no, aparcaría el rickshaw para pasar la noche. Al fin y al cabo, era su cumpleaños.

A partir de ese momento, para Xiangzi, poseedor de un rickshaw, la vida retomó todo su sentido. Cada día le parecía más interesante. Podía ofrecer sus servicios al mejor postor, ya fuera al mes o simplemente para una carrera. Ya no tenía problemas para pagar el alquiler de la habitación en la cochera y no debía pagarle ningún dinero a nadie. A él le pertenecía todo lo que ganaba. Era libre y se comportaba amablemente con la otra gente. Seis meses transcurrieron desde que Xiangzi compró la calesita y sus expectativas iban a más. Si continuaba ganando dinero a ese ritmo, con dos años más (ni un día más ni un día menos), le sería posible comprar otro rickshaw y abrir su propia cochera poco después.

Pero las expectativas más prometedoras solo producen las decepciones más amargas. Las del suertudo no serían la excepción a la regla¹⁶.